



DOSSIÊ MULHERES INTELLECTUAIS: PRÁTICAS CULTURAIS DE MEDIAÇÃO

## María Rosa Lida: discípula sobresaliente y mediadora eficaz según el epistolario con Américo Castro

*María Rosa Lida: discípula destacada e mediadora efetiva, segundo a correspondência com Américo Castro*

*María Rosa Lida: Outstanding Disciple and Effective Mediator According to the Correspondence with Américo Castro*

**Marcela Croce<sup>1</sup>**

[orcid.org/0000-0001-6625-1281](https://orcid.org/0000-0001-6625-1281)  
[marcela.croce@gmail.com](mailto:marcela.croce@gmail.com)

**Recebido em:** 31 jan. 2021.

**Aprovado em:** 22 jul. 2021.

**Publicado em:** 17 nov. 2021.

**Resumen:** María Rosa Lida (1910-1962) fue una erudita brillante y una investigadora sagaz, autora de libros monumentales que se convirtieron en referencia ineludible. Sin embargo, no logró desempeñarse como profesora sino de manera esporádica, lo que le vedó la posibilidad de formar discípulos. Esta circunstancia se debió en parte a que sus maestros – Amado Alonso, Américo Castro – creyeron que la sabiduría de la discípula correspondía antes al ámbito silencioso de bibliotecas y archivos (y a la producción hiperespecializada para los conocedores) que a la labor cotidiana de despertar el interés en los alumnos. Otra razón fue que las reglas de la Universidad de Berkeley, donde trabajaba su marido Yakov Malkiel, le impidieron acceder a un cargo. Rodeada por hombres que no podían competir con sus dotes y tampoco necesitaban hacerlo para obtener beneficios inmediatos, quedó opacada por el modo en que se relacionó con ellos y en que se plegó a las condiciones de un mundo intelectual y a una cartilla doméstica que recomendaban que se mantuviera en un discreto segundo plano. La indagación de la correspondencia que mantuvo con Castro a lo largo de quince años propone un recorte específico sobre la condición ancilar que ocupó una mujer de relieve tan extraordinario.

**Palabras clave:** Filología. Crítica. Hispanismo. Historia literaria.

**Resumo:** María Rosa Lida (1910-1962) foi uma estudiosa e pesquisadora brilhante, autora de livros monumentais, que se tornaram uma referência incontornável. Porém, ela só conseguia trabalhar como professora esporadicamente, o que a impedia de formar discípulos. Essa circunstância se deveu, em parte, ao fato de seus professores – Amado Alonso e Américo Castro – acreditarem que a sabedoria da discípula correspondia antes ao silêncio das bibliotecas e arquivos (e à produção hiperespecializada para conhecedores) do que ao trabalho cotidiano de despertar o interesse nos alunos. Outra razão foi que as regras da Universidade de Berkeley, onde seu marido Yakov Malkiel trabalhava, a impediram de assumir o cargo. Cercada de homens que não podiam competir com seus dons e nem precisavam fazê-lo para obter benefícios imediatos, ela ficou ofuscada pela maneira como se relacionava com eles e se curvava às condições de um mundo intelectual e de uma cartilha doméstica que recomendou que ela fosse mantida em um ambiente discreto. A investigação da correspondência que manteve com Castro ao longo de quinze anos propõe um recorte específico sobre a condição acessória que ocupava uma mulher de tão extraordinária importância.

**Palavras-chave:** Filologia. Crítica. Hispanismo. História literaria.

**Abstract:** María Rosa Lida (1910-1962) was a brilliant scholar and sagacious researcher, author of monumental books that became an inescapable reference. However, she did not reach to work as a teacher except sporadically, which prevented her from forming disciples. This circumstance was due in part to the fact that her teachers – Amado Alonso, Américo Castro – believed that the disciple's



Artigo está licenciado sob forma de uma licença  
[Creative Commons Atribuição 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires, Argentina.

wisdom corresponded earlier to the silent environment of libraries and archives (and to hyper-specialized production for connoisseurs) than to the daily work of awakening interest in students. Another reason was that the rules of the University of Berkeley, where her husband Yakov Malkiel worked, prevented her from taking a tenure. Surrounded by men who could not compete with her gifts and did not need to do so for immediate benefits, she was overshadowed by the way in which she related to them and in which she bowed to the conditions of an intellectual world and a domestic primer that recommended that she be kept in a discreet background. The investigation of the correspondence that he had with Castro over fifteen years proposes a specific clipping on the ancillary condition that a woman of such extraordinary importance occupied.

**Keywords:** Philology. Critic. Hispanism. Literary History.

## Introducción

Abordar a María Rosa Lida equivale a aventurarse en un despliegue hiperbólico. Juicios generales, reseñas y críticas coinciden en subrayar la excepcionalidad de su figura, que responde a un modelo intelectual hoy desaparecido: el de la filóloga que rastrea fuentes y resguarda en su memoria prodigiosa datos, citas y referencias. La erudición de la que da reiteradas muestras – basta revisar el macizo tomo *La idea de la fama en la Edad Media castellana* (1952), que enhebra géneros diversos con un eslabón temático, o el póstumo *La originalidad artística de La Celestina* (1962), que recorre obras de veinte siglos leídas en sus lenguas originales – es otra marca de la especie extinguida que representa esta mujer formada en el Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires durante el período en que fue dirigido por Amado Alonso (1927-1946).

"Envidiable saber" (LAPESA, 1955, p. 161), "suma de erudición y crítica" (BATAILLON, 1964, p. 264), "la más sabia, la más lúcida, la más admirada" (RICO, 2017, p. 9), representan una mínima antología de las virtudes que se le atribuyeron a Lida y que no trepidaron ante la antonomasia. Sin embargo, dos puntos alertan en este dispendio de epítetos codiciados. Primero: quienes los emiten son invariablemente hombres, con frecuencia mayores

que María Rosa (con la excepción de Rico, cuyo reconocimiento no podía ser sino tardío por razones biográficas) y lo suficientemente consagrados para convertir sus opiniones en veredictos. Luego: tan elogiosa prodigalidad por parte de quienes distribuían beneficios intelectuales no redundó en ventajas concretas para la agasajada, quien pese a sus merecimientos nunca logró obtener un puesto estable como profesora en los Estados Unidos, donde se exilió en 1947, ni convertir sus textos en bibliografía obligatoria, al menos mientras vivió.

A fin de indagar esta desdicha de la mujer brillante que no ocupó los lugares que habitualmente se conceden a tales figuras, que trajinó hasta sus últimos días con las editoriales para ver publicada su obra mayor y que quedó sucesivamente a la sombra de los maestros y del marido, escojo detenerme en la correspondencia que, a lo largo de quince años, Lida mantuvo con Américo Castro. Si la carta es una conversación con un ausente – y el reclamo del diálogo es una constante en este epistolario –, resulta plausible que "l[la] carta, como el diálogo, tiene que concordar con el carácter. Podría decirse que cada uno dibuja en sus cartas una imagen de su personalidad" (GUILLÉN, 1991, p. 36).<sup>2</sup> Roger Chartier subraya como función de las misivas de personajes notorios la de "entrar en lo más profundo de lo que la obra o la acción enmascara o desplaza. Pero, en su caso, la intimidad develada resulta aplastada por la figura pública y el destino construido" (CHARTIER, 1991, p. 451).<sup>3</sup> En el caso de la corresponsalia establecida entre filólogos que revisan y consultan sus obras a través de esta conversación vicaria, abundan los comentarios que contienen una idea en germen y las observaciones que condensan una biblioteca. La variedad de temas y de actitudes movilizados por el epistolario, que contornean un vínculo cuyo tránsito va de la admiración a la decepción y de la confianza al despecho, justifica hacer de ese conjunto de cartas un *aleph* desde el cual María

<sup>2</sup> Otra observación de Guillén concierne a la dualidad de un epistolario que alterna las expresiones de afecto con los requerimientos académicos, como consta a lo largo de la relación postal que traman Lida y Castro: "la teoría antigua de la carta tuvo muy clara esta distinción entre el escrito auténtico y personal, basado en la amistad, y el escrito conceptual, basado en el pensamiento, que disfraza o utiliza las virtudes de la verdadera carta" (GUILLÉN, 1991, p. 35).

<sup>3</sup> "entrer au plus profond de ce que l'oeuvre ou l'action masque, ou déplace. Mais, dans leur cas, l'intimité dévoilée reste surplombée par la figure public et le destin construit". La traducción me pertenece.

Rosa se desprende de la figura acartonada de la sabia mitificada y es devuelta a las condiciones concretas de una actividad intelectual acicateada por la inquietud, limitada por los celos de los colegas detrás de los reconocimientos y por las ofensas disfrazadas de honestidad extrema y, finalmente, arrasada por un cáncer cerebral que la aniquiló a los 51 años.

### España, el común desvelo

Lida se definió como hispanista a mediados de la década de 1930. Fue entonces cuando sus intereses viraron de las obras griegas y latinas hacia las españolas, especialmente las relativas a la Edad Media, que se convirtió en su especialidad. La razón del cambio respondió a un desacuerdo con el director del Instituto de Filología Clásica de la UBA, Enrique François, quien durante el gobierno peronista (1946-1955) sería el interventor encargado de remover a Alonso del Instituto de Filología Hispánica y desbandar el equipo de trabajo formado por María Rosa y su hermano Raimundo, Ángel Rosenblat y otras figuras destacadas como Ana María Barrenechea y Frida Weber de Kurlat (LIDA, 2014). Excepto Weber, todos marcharon al exilio: Raimundo Lida se instaló en El Colegio de México, al que trasladó la publicación del Instituto, convertida en *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*; Rosenblat pasó a Venezuela; Barrenechea se retiró a Estados Unidos, donde desarrolló su doctorado en el Bryn Mawr College; María Rosa obtuvo en 1947 una beca de la Fundación Rockefeller que la llevó a Harvard, universidad en la que asistió a las clases de Alonso en cuyo transcurso comenzó a perfilar el que sería un trabajo de tres lustros: el libro sobre *La Celestina*.

Tal inscripción hispanista es el eje de la correspondencia de Lida con Castro, editada por Juan Carlos Conde bajo el título *Una laguna sumergida* (2019).<sup>4</sup> En la voluminosa introducción que precede a las cartas, Conde privilegia al español sobre

la argentina. Además de las justificaciones nacionalistas que pueda esgrimir, la mirada reproduce una perspectiva remanida: la mujer es un prodigio de saber, pero es el maestro quien detenta la capacidad de organizar y codificar lo que ella se dedica a rebuscar y archivar. El tratamiento hacia Castro que ejercita ese estudio preliminar es indeclinablemente admirativo; con María Rosa, en cambio, las reservas quedan apenas disimuladas: sospecha que no entra en debate con don Américo porque "si algún brazo había de darse a torcer, ése sería el suyo" (CONDE, 2019a, p. 81) y se sorprende ante las referencias cervantinas que maneja, ya que "nunca dedicó a este autor una atención específica" (CONDE, 2019a, p. 157). Lo que a Castro se le concede naturalmente, a ella se le escatima con recursos absurdos como el de suponer que aquello sobre lo que no escribe le resulta desconocido, en vez de advertir que los estudios cervantinos escapaban al período acotado que era campo de atención privilegiado de María Rosa y que, por un prurito excesivo para alguien con sus dotes, no se sentía habilitada a abordar ese tema con la misma destreza con que manejaba los asuntos medievales.

Lida y Castro se conocieron en el Instituto de Filología Hispánica a mediados de los años 40, según consta en la carta inicial que María Rosa le envía a don Américo el 7 de enero de 1946. La primera mención que hace la misiva, antes de entrar en temas propiamente literarios, resulta representativa de una circunstancia capital en la vida de la entonces joven investigadora: se trata de Benvenuto Terracini, profesor italiano instalado por esos años en la Universidad de Tucumán. Terracini formaba parte de una emigración a la cual era particularmente sensible María Rosa, la de los judíos perseguidos durante la Segunda Guerra Mundial. La familia Lida había llegado a Buenos Aires en 1909, procedente de Europa oriental, con dos hijos (la tercera, María Rosa, fue la única

<sup>4</sup> La recopilación fue realizada mientras Conde se desempeñó en el Magdalen College de la Universidad de Oxford, antes de regresar a su país e instalarse en la Universidad de Salamanca. Este especialista en literatura medieval y renacentista dedicó los últimos años a investigar la historia de la filología. Es en el marco de dichos estudios que sobreviene el epistolario entre Lida y Castro. Conviene destacar que el centro de interés de Conde es la figura y la obra de Castro, lo que acaso explica la atención mayor que le dedica al peninsular en desmedro de su colega sudamericana. Otras correspondencias de Castro al cuidado de Conde son la que mantuvo con Marcel Bataillon (publicada en 2012), con Camilo José Cela (publicada en 2009), con Juan Goytisolo (publicada en 1997) y con Jorge Guillén (publicada en 2018).

porteña), a los que se les inculcó la necesidad de incorporarse a la sociedad argentina, comenzando por el manejo de la lengua y la cultura locales (LIDA, 2014), aunque sin abandonar la tradición hebrea que incidió tanto en el matrimonio de Lida con Yakov Malkiel, a poco de arribar a los Estados Unidos (LIDA DE MALKIEL; MALKIEL, 2017),<sup>5</sup> como en ciertos focos de investigación – el historiador Flavio Josefo, el cerco de Jerusalén, el rey Herodes, las infancias de Moisés – y una tendencia a explicar algunos rasgos de escritura por la condición de “conversos” de sus autores.<sup>6</sup>

El otro punto de esa carta inicial imprime una constante al epistolario: la discípula comenta un texto del maestro – un artículo sobre fray Antonio de Guevara – pero le adosa una hipótesis original: la del medievalismo que campea en un autor renacentista, si bien no alcanza todavía a justificar la causa por la cual el fraile “se habría expresado en ese estilo anacrónico y habría adoptado esa actitud ante la ciencia de la Antigüedad” (MRL a AC, 7 de enero de 1946).<sup>7</sup> En el desarrollo de dicha constante, en ocasiones la hipótesis en cuestión es alentada por Castro – por ejemplo, las sugerencias de agregados a *España en su historia* –, otras veces es fustigada – y el ejemplo más incisivo es la demolición que perpetra sobre el libro de Lida *La idea de la fama en la Edad Media española* – por no ratificar las afirmaciones del maestro, pero inevitablemente genera una reacción en función de la obra de don Américo, que es la vara que este emplea para medir la calidad de las ideas de María Rosa.

Un tema sobresaliente del epistolario en los años que van desde mediados de los 40 hasta comienzos de los 50 es la primera edición que

Castro publica de *España en su historia* en la editorial Losada de Buenos Aires en 1948. Tres aspectos definen la presencia del libro en la correspondencia Lida-Castro: el momento de edición en el que María Rosa formula sugerencias y recibe la correspondiente gratitud (que consta en el volumen impreso), los avatares de la distribución y las numerosas quejas que Castro reserva hacia Losada y ante lo cual Lida oficia como mediadora eficaz, y finalmente el proyecto de reedición que provoca las advertencias de María Rosa sobre otras editoriales.<sup>8</sup>

El primer período, el de la edición propiamente dicha, es el de mayor intensidad. En función de los antecedentes que representan las obras previas de don Américo, *El pensamiento de Cervantes* (1940) y el estudio sobre el erasmismo (1942), Lida confía en que *España en su historia* será un libro revelador y contribuye activamente a lograrlo, agregando referencias y datos. La consulta del *Manual de Historia de España* de Rafael Altamira y las revisiones al capítulo sobre los judíos son los temas de la segunda carta del conjunto, que aparece sin fecha; con respecto al último, le adjudica origen judío a la sigla jesuítica A.M.D.G., establece precisiones en torno a la actividad usurera del grupo e insiste en que los hebreos carecían de aptitudes comerciales. Ante semejante derroche de datos, Castro responde desde Princeton agradeciendo “[u]na ayuda así, antes de salir a la calle una obra, [que] no tiene precio, y sólo V., con su afectuosa competencia, era capaz de dármela” (AC a MRL, 3 de octubre de 1946). Es la primera verbalización del cariño – reiterado en varias entregas – que formula don Américo, quien inculca a su propia familia la misma simpatía hacia Lida, de modo

<sup>5</sup> La otra emigración de esos años es la que representa Castro y comprende a los españoles que abandonan la península a raíz de la Guerra Civil, o bien al comenzar el mandato de Francisco Franco. Es cierto que don Américo resulta algo lateral a ese conjunto: primero, porque llega a Buenos Aires inicialmente en 1923 para dirigir el Instituto de Filología Hispánica (cargo en el que apenas se mantiene por seis meses) y luego, al producirse la salida masiva de españoles, no se encamina a la Argentina o México – destinos prioritarios de los “transterrados”, como los llamó José Gaos –, sino que se afincan rápidamente en Estados Unidos, donde obtiene un cargo en la Universidad de Princeton. Allí recibirá a María Rosa en el Aeropuerto La Guardia cuando ella deje la Argentina en 1947.

<sup>6</sup> Marcel Bataillon le reprocha esta recaída al reseñar *La originalidad artística de La Celestina*, una vez fallecida su autora (BATAILLON, 1964). Véanse, más adelante en el estudio del epistolario, los juicios que maestro y discípula reservan a la labor filológica de Bataillon.

<sup>7</sup> Aunque la versión que he manejado de las cartas corresponde a la edición de Conde, cito según la fecha de la misiva y no según el número de página, ya que ese dato resulta más apropiado. Las cartas respectivas (que totalizan sesenta y seis) se encuentran en dos repositorios: la Bancroft Library de la Universidad de Berkeley (el archivo Lida-Malkiel) y la Fundación Xavier Zubiri de Madrid (el archivo Castro). Zubiri, casado con Carmen Castro, fue yerno de don Américo.

<sup>8</sup> La que le merece mayores recaudos es Porrúa, de México, cuando Castro le hace saber que está en tratativas con esa casa. “De los editores digo lo que Esquilo decía de las mujeres: ¡Oh Zeus! ¡Qué ralea nos has dado!”. Vd. está al habla con Porrúa. Ahí va mi porruesca historia”, que comprende cartas no respondidas y ofensa editorial frente al retiro del manuscrito (MRL a AC, 19 de abril de 1952).

que la esposa la acoge hospitalariamente apenas pisa suelo neoyorkino, la hija ansía conocerla tras escuchar los elogios que el padre le dedica a esa discípula ejemplar, y él mismo la reconoce como "esta otra hija honoraria de la ribera platense" (AC a MRL, 18 de febrero de 1947).

María Rosa, en cambio, es mucho más reticente a la hora de las admisiones afectivas, al punto que omite notificar a Castro su matrimonio con Malkiel, y apenas si lo hace cuando ya ha ocurrido, excusándose en que el noviazgo fue *Blitzverlobung* (MRL a AC, 16 de abril de 1948). Ante la novedad, don Américo muestra menos interés en felicitar a la recién casada que en recomendar al marido y en diseñar un recuento de las ventajas intelectuales que tal asociación presupone para la flamante esposa:

Su marido es una persona de primera calidad y se van a completar maravillosamente. V. inyectará un poco de poesía vital en su estilo de hombre educado en la *Gelehrsamkeit* germánica – él le ofrecerá los horizontes de su vastísimo saber en puntos que le son a V. menos familiares. Forman un "team" único (AC a MRL, 19 de abril de 1948).

La idea del matrimonio de filólogos como composición de un equipo ideal arraigó entre los colegas de María Rosa y de Yakov. En el diseño de tan fantástica imagen se omitió que ella pasó desde ese momento a ocuparse de tareas domésticas para las que carecía de cualquier preparación, o a lo sumo se le confirió un barniz pintoresco al asunto: integra el folklore la circunstancia de que Lida acudía al célebre libro de cocina de Doña Petrona para atender la mesa hogareña (CONDE, 2019b). El matrimonio con Malkiel define el perfil académico de Lida en Estados Unidos. El paso de Harvard a Berkeley significa renunciar a las ventajas de la Ivy League en la que seguía a su maestro para instalarse en la costa oeste con la beca Guggenheim que obtiene para el periodo 1949-1950 (LIDA, 2014, p. 17). La investigación *full time* suplía en parte la docencia impedida por las reglas de Berkeley que no permitían contratar a los dos miembros de una pareja. Esposa abne-

gada desde el inicio, a trueque de paz familiar y acceso irrestricto a las bibliotecas, Lida optó por ser apenas profesora visitante o responsable de cursos de verano en diversos puntos de los Estados Unidos. Aunque luego de la muerte de María Rosa se entregó a difundir su obra, sobre todo la que había quedado inédita, es evidente que estableció la norma doméstica a la que Malkiel debía ajustarse. Francisco Rico observó que esta estampa de armonía hogareña representaba una minusvalía para la labor dedicada de Lida e incluso para su figura de filóloga prestigiosa avalada por Alonso y Castro, por Martín de Riquer y Ramón Menéndez Pidal, en tanto Malkiel era un estudioso con sólida formación pero sin el reconocimiento que le permitiera obtener un puesto universitario (RICO, 2017), hasta que recaló en Berkeley y fundó la revista *Romance Philology*.<sup>9</sup>

María Rosa estaba imbuida de la historia peninsular como para insistir en las precisiones que requería la revisión de *España en su historia*, sobre todo cuando los temas del libro avanzaban sobre zonas de interés que ella privilegiaba. Es lo que ocurre en el capítulo X del tomo, cuando Castro atribuye el "estilo abatido" que afecta a "escritores laicos como Mateo Alemán o Quevedo", a la circunstancia de que "el estilo desesperado de tradición judaica se convirtió en forma expresiva también para algunos cristianos viejos". Lida reconoce en esa explicación, con la felicidad de descubrir un pensamiento en sintonía antes que una impregnación inevitable, un aspecto de su tesis sobre Juan de Mena que, incapaz de resumir en nota al pie, desgajó del conjunto y convirtió en artículo para la *NRFH* (MRL a AC, 26 de octubre de 1946). En la siguiente misiva, antes que en los puntos de encuentro con el maestro, María Rosa insiste en un aspecto metodológico que, como se verá, Castro le recriminará no haber alcanzado en su producción concreta: "Lo que me interesa en los *topoi* es el porqué de la adopción, el cómo de la variante. Esto es lo que me propongo siempre, al estudiar las fuentes de Guevara o la trayectoria de la leyenda de Dido" (MRL a AC, 14 de noviembre de 1946).

<sup>9</sup> Más aun: advierte que Yakov mantenía, a la par que el cortejo epistolar con María Rosa, una relación paralela con otra filóloga ashkenazi, que finalmente no prosperó por las exigencias de la madre de Malkiel en torno a su futura nuera (RICO, 2017, p. 17).

La entrega con que María Rosa se dedica a controlar y mejorar la edición de *España en su historia* merece un comentario de Castro que, al tiempo que intenta potenciar la gratitud asimilando el trabajo editorial con los cuidados maternos, derrama los prejuicios de quien estima que la función femenina primordial es la procreación, episódicamente conjugada con el virtuosismo en alguna actividad: "Por lo visto sólo cierto tipo de mujeres son capaces de combinar el talento y la maternalidad [sic] retrospectiva – algo muy bueno en este cochino mundo, y extraordinariamente raro, casi un *hápax*" (AC a MRL, 18 de febrero de 1947). Si María Rosa era un *hápax* intelectual – un fenómeno de manifestación única –, su inclinación maternal nunca aparece expuesta y hasta resulta descortés por parte del maestro referirla frente a una mujer de 36 años hasta entonces sin pareja, lo que para la época representaba una soltería casi incorregible.<sup>10</sup> Castro prosigue la carta lanzando hipótesis audaces – "la famosa corriente 'populista' [en Español] es sencillamente el resumen de la tradición islámica, mantenida subterránea por la poesía cortesana"; el "estilo casero" en los textos de Santa Teresa "¿qué es sino autobiografismo islámico?" – que María Rosa recoge en una respuesta que es un clamor a un diálogo entre mentes esclarecidas, en el que se ubica como digna interlocutora de don Américo y evita aludir a cualquier otro dato que no corresponda al orden intelectual:

Sus cartas y notas son un regalo para el espíritu. Cuando acabe de imprimirse *España en su historia*, si continuamos con tantas leguas de latitud americana de por medio, tendrá V. que inventar otro libro para que tengamos motivo de carreo. Lo que V. apuntaba en su carta del 18 sobre el popularismo del Siglo de Oro, una vez agotado el estímulo renacentista, me pareció un verdadero principio de orden, quiero decir, una observación que basta con formularla para que se ordenen y sistematicen mil cosas hasta entonces varias e inconexas. Sí, gran cosa, y rara, es la inteligencia" (MRL a AC, 26 de febrero de 1947).

El año 1947 es especialmente fértil para María Rosa: en marzo defiende en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA su tesis doctoral sobre Juan de Mena, en ausencia de su director Alonso; en agosto le notifica a Castro su viaje a Estados Unidos ("Es lamentable el motivo de su venida, pero egoístamente es muy bueno tenerla cerca", dirá el maestro en carta del 28 de agosto); en octubre, ya instalada en Cambridge – y tras haber pasado un día y medio con el matrimonio Castro en Princeton –, da los primeros indicios de su *opus magnum*: "qué relación guardan con *La Celestina* las novelas y comedias humanísticas que Menéndez y Pelayo y otros dan como fuentes" (MRL a AC, 7 de octubre de 1947). Si en esta labor – que define como "quehacer tan entretenido que no creo honestamente se le pueda llamar 'trabajo'" – desafía la hipótesis de Menéndez y Pelayo,<sup>11</sup> en el proyecto presentado a la Fundación Rockefeller al postularse a la beca es Menéndez Pidal el objetado, lo que le genera un malestar que evidencia en carta a Malkiel ante la posibilidad de que su empeño sea tomado como un ataque a quien considera un guía (LIDA DE MALKIEL; MALKIEL, 2017, p. 58-59).

Semejante confesión explica los recaudos ante don Ramón y justifica en parte los avances – sosegados, intercalados con otros intereses, pero constantes hasta la edición de *La originalidad artística de La Celestina* en 1962 – en el otro proyecto, que descalabra por completo a Menéndez y Pelayo: "hallo que las fuentes (aun las pocas dignas de tomarse en cuenta) son inimportantes frente al genio del 'autor' y a la huella de la época" (MRL a AC, 16 de abril de 1948). En esa frase se condensan dos rasgos de la originalidad crítica de María Rosa en este libro: las fuentes no son tan inmediatas como quería don Marcelino (y para demostrarlo se remonta incluso a la tragedia griega clásica que manejaba ya desde sus años de estudiante) y la cuestión del

<sup>10</sup> Cfr. al respecto las insinuaciones igualmente desconsideradas que desliza Malkiel en el cortejo epistolar, cuando le recalca a María Rosa que, a su edad, no está en situación de poner demasiadas condiciones para llegar al matrimonio, a riesgo de quedar en situación de *coiffer Sainte-Catherine*, equivalente al hispánico "para vestir santos" (LIDA DE MALKIEL; MALKIEL, 2017).

<sup>11</sup> No obstante, en la redacción definitiva del libro mantiene esa idea orientadora, algo que Bataillon le critica, menos por improbable que por un respeto acritico al viejo maestro. Asimismo, estima excesivo el recurso a fuentes clásicas, ya que resulta altamente improbable que Fernando de Rojas las hubiera leído (Bataillon, 1964).

autor permite especular que no todos los actos de la tragicomedia de Calisto y Melibea fueron escritos por la misma mano.<sup>12</sup>

Sea la gratitud por el esfuerzo de Lida en torno a *España en su historia*, sea el orgullo por asistir a los avances de quien se reconoce como su discípula, sea la satisfacción de comprobar que el matrimonio con Malkiel garantiza una pareja filológica inigualable, sea el entusiasmo por sumar a una hispanista de excepción en un campo tan vapuleado por pretendidos especialistas extranjeros (sobre todo alemanes), en este período la relación epistolar desgrana la mayor afectividad y condensa los mejores reconocimientos. "Docta amiga" y "*clarissima puella*" (AC a MRL, 27 de noviembre de 1947) son respondidos con "*femella insipiens*" (MRL a AC, 7 de diciembre de 1947) y "*serua seruarum Americi*" (MRL a AC, 16 de abril de 1948); "querida niña sabia" es la *captatio benevolentiae* para apelar a su memoria inaudita (AC a MRL, 19 de abril de 1948) y, unos meses más tarde, las fórmulas cariñosas se aplacan para dar paso a la admiración absoluta: "He vuelto a ver su estupendo artículo sobre el amanecer. ¿Cómo puede V. reunir tanto texto? ¿Papeletas, memoria? Es increíble ese ir del griego al portugués de Camoens" (AC a MRL, 27 de octubre de 1948). No se trata más que de la ratificación de aquello que, un lustro antes, Castro le había confesado a Menéndez Pidal: "El saber de esa chica es anormal" (apud CONDE, 2019b). A partir de entonces, no dejará de insistir en ver en letra de molde el volumen sobre Juan de Mena, y ocasionalmente el de *La Celestina* (AC a MRL, 15 de agosto de 1948, 27 de octubre de 1948, 21 de noviembre de 1949, 17 de julio de 1950, 13 de octubre de 1950; el 30 de octubre de 1950 acude al retruécano: "Siento que el *Mena* no se menee"). No obstante, como se verá más adelante, la lectura del libro estará lejos de la expectativa de Castro que María Rosa confesaba que "¡me halaga y a la vez me alarma" (MRL a AC, 5 de enero de 1950).

Mientras tanto, Lida se ajusta a su papel en el matrimonio con Malkiel – al que define como la sociedad de Johannis Hispalensis con Domenicus Gundisalvus (MRL a AC, 28 de noviembre de 1949) –,<sup>13</sup> con quien emprende una investigación sobre la figura de Alejandro Magno en la Edad Media. Cuando le comenta el proyecto a Castro, este se congratula por dos motivos: porque el editor del *Libro de Alexandre*, Raymond S. Willis, prepara algo a lo que don Américo resta validez (y sobre todo solidez) y porque "¡el tema es difícil, como para usted". Pero no se priva de imponer su mirada sobre el asunto: "Si yo trabajara sobre eso, me preguntaría ante todo qué sentido tiene lo de ser *vir illustris* en el siglo XIII español, y cómo surge la atracción poética hacia Alejandro (héroe extrahispano) en una provincia no épica" (AC a MRL, 25 de agosto de 1948).

El *ritornello* de *España en su historia* se instala nuevamente a mediados de 1950. Castro se queja de no tener noticias sobre la circulación del libro y la emprende contra Andrés Ramón Vázquez, entonces corrector de pruebas en Losada y uno de los más fervientes impulsores del tomo, a quien compara con el editor de Cruz del Sur en Chile, un emigrado español que no responde las preguntas que le formula el autor (AC a MRL, 27 de julio de 1950). Enardecido, opta por editar por su cuenta el folleto *Ensayo de historiología. Analogías y diferencias entre hispanos y musulmanes*, que notifica en una misiva sin fecha pero que por sus referencias puede situarse en agosto de 1950. La sucesión de reclamos – que atañen también al artículo sobre la etimología de la palabra *hidalgo*, que envió para *Romance Philology* – coloca a María Rosa en posición de secretaria forzada e intermediaria inconsulta, lo que representa un avance inconcebible del maestro que sin embargo ella concede tácitamente.

Es así como notifica a don Américo sobre las dificultades que el libro tuvo con la censura española, a las que accede en diálogo directo con Gonzalo Losada (MRL a AC, 22 de diciembre de 1951) e informa la predisposición del editor a

<sup>12</sup> Este aspecto constituye otra de las objeciones levantadas por Bataillon en su reseña del volumen (BATAILLON, 1964).

<sup>13</sup> Conde coloca una nota al pie a esta carta para explicar que se trata de "los dos reputados intérpretes de la famosa Escuela de Traductores de Toledo (S XII), que solían trabajar a dúo, el primero vertiendo del árabe al latín, el segundo del latín al castellano". En función de esta dinámica especula que Malkiel traduciría al inglés o al español y Lida trasladaría al español o mejoraría la expresión de un no nativo como su esposo (CONDE, 2019a, p. 298).

relanzar el volumen (MRL a AC, 6 de enero de 1952). La reacción de Castro es de agradecimiento limitado ante semejante intercesión,<sup>14</sup> mientras se excusa por la brevedad de la nota en función de estar entregado a un estudio sobre la leyenda de Saladino que piensa enviar "a alguna revista" (AC a MRL, 18 de febrero de 1952). El laconismo linda con el desdén: por una parte, *Romance Philology* ha dejado de ser para él una tribuna considerable a raíz de la demora con su texto etimológico; por otra, la reacción desmedida que registró ante el libro de Lida sobre Mena abre una fisura en el vínculo que, lejos de cicatrizar, irá ahondándose con la nueva entrega de María Rosa, el volumen sobre la Fama en la Edad Media castellana.

### **Dialeguéstaí = Discutir**

La crítica que Castro dedica a los dos libros más significativos que Lida publica mientras persiste la correspondencia entre ambos echa por tierra cualquier ilusión que María Rosa pudiera haber abrigado en torno al intercambio postal como diálogo efectivo. "*Dialeguéstaí*", como aclara entre citas en griego de *La Odisea*, significa "discutir" e integra la familia de palabras de "diálogo" (MRL a AC, 14 de noviembre de 1946). Es probable que Castro haya admitido la etimología que ella señalaba; lo que le resultaba inadmisibles era no controlar las condiciones del diálogo. Si las observaciones que había hecho en torno a la indagación sobre Alejandro Magno tenían menos de sugerencia que de reclamo de orientación para el trabajo, en torno a los temas hispánicos se pondrá inflexible allí donde crea que debió haber sido convocado mediante la cita, e inclemente en el punto en que se presuma discutido. *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español* (1950) y *La idea de la fama en la Edad Media castellana* (1952) de Lida parecen haber incurrido en ambos pecados imperdonables para el maestro.

El tan reclamado libro sobre Mena llega final-

mente a manos de don Américo a fines de 1950. Agradece el envío en una carta que va escalando el tono respecto del desacuerdo que mantiene con la autora.<sup>15</sup> El inicio inscribe el recurso narcisista de quien se siente excluido de un espacio que le corresponde por derecho propio. "Su libro me sirve y me servirá en grado muy subido. Sobre algunos puntos no sé si V. no menciona mis cosas por desacuerdo (y amablemente no querer mostrarlo), o por no juzgarlo necesario" (AC a MRL, 16 de enero de 1951). A partir de allí, la única concesión que merece el trabajo – "el despliegue de textos pre-celestinescos es admirable. Me es grato ver que en págs. 532, 538, 543, vamos pensando a muy poca distancia uno de otro" (Íbid.) – resulta inmediatamente desbaratada por la condena a la nomenclatura historiográfica que la autora eligió ya para el título del volumen – "Rigurosamente hablando, ni hay Edad Media, ni Prerrenacimiento, ni Renacimiento..." (Íbid.) – para rematar en un desajuste completo: "En cuanto a su perspectiva general, no la estimaría yo como la estimo si no le dijera que no participo de su manera de enfocarla. Hay personas con quienes se puede ser leal sin riesgo, y V. es una de las pocas con quienes puede hacerse esto" (Íbid.).

La apelación al afecto rezuma chantaje emocional por parte del maestro herido que muestra menos intención de señalar lo que puede modificarse con provecho que de resaltar que no ha sido seguido al pie de la letra. La *clarissima puella* ha tenido la osadía de romper con el esquema regio que imponía el profesor, lo que excede el terreno del diálogo para ingresar en el de la disputa profesional. Los párrafos que siguen no hacen más que confirmar esta voluntad incisiva de Castro, que fija a María Rosa en un compartimento de erudición vacua, en el que se desempeña prolija en el armado de listas y puntillosa en una lectura que, por atención fundamentalista al detalle, pierde de vista el conjunto. Son las "cuestiones

<sup>14</sup> Recién unos días más tarde se disipa el malestar: "Llega una carta encantadora de Losada; la incomunicación y el enorme retraso en responder a cosas importantes crea lamentables equívocos. Me apresuro a decirselo a V., y a él le escribo enseguida para agradecerle" (AC a MRL, 23 de febrero de 1952).

<sup>15</sup> Es imposible coincidir con la lectura condescendiente que Conde le dedica a la misiva, en términos de "una verdadera carta-reseña (XLI), en la que una visión en general muy positiva sobre la monografía se entrevera con objeciones notables, hijas de una discrepancia metodológica y procedimental de fondo" (CONDE, 2019a, p. 78). Ninguna visión positiva se desprende de la comunicación de Castro, que convierte a la carta en un ataque virulento asistido por un alegato autojustificatorio.

de método", para decirlo sartreanamente, las que conducen a una ruptura intelectual inevitable:

No hay un modo "filosófico" de ver las cosas literarias y un modo "filológico". Los filólogos de hoy siguen enquistados en una filosofía que tuvo su sentido – el positivismo, el idealismo hegeliano, etc.–, aunque sin tener muy clara conciencia de cuál es la base desde donde disparan su historia, ni el blanco a donde tiran. La obra, en gran parte funesta, de las universidades y de las *Zeitschriften*, ha sido esa. Nos han amedrentado esos señores, con sus "sevères méthodes" los franceses; con su altisonante *Wissenschaft*, los tudescos. Y es que todos ellos tienen miedo cerval a enfrentarse con la realidad palpitante que está ahí, pidiendo a gritos ser asida, abrigada y valorada" (AC a MRL, 16 de enero de 1951).

El remate de la carta retorna a los aspectos personales como pretendido matiz frente al veredicto inapelable: "Lo de V. no es dislate, sino una filosofía en que yo no creo" (Íbid.). Castro no solamente se está pronunciando sobre el libro de Lida, sino también sobre la fría recepción que tuvo su autoeditado folleto. María Rosa no lo comentó, y don Américo especula que se debe a que el trabajo *historiológico* "a la mayoría de los filólogos los dejará indiferentes", como evidencian ciertas reacciones: Menéndez Pidal "ha contestado unas palabras amables; otro de allá escribe unas incoherencias [...]. Amado no ha dicho ni mu: quizá no juzga el asunto bastante 'técnico', no sé" (AC a MRL, 30 de octubre de 1950). Solamente José Ferrater Mora emitió un dictamen positivo, lo mismo que el historiador mexicano Edmundo O'Gorman. La conclusión inapelable de Castro es una liquidación de la filología que llevaba a prever la repulsa hacia el trabajo de Lida: "El ambiente llamado filológico recuerda cada vez más el de los *terministi* ockhamistas del 1500 (aquella peste de la Sorbona y demás)" (Íbid.).

Lida responde en dos tramos semejante requisitoria. De manera inmediata, en la carta en que se excusa por las condiciones de producción del libro, corregido "a salto de mata, en México, en Nueva York, en Los Ángeles, en Berkeley, casi siempre lejos de mis papeles" (MRL a AC, 18 de enero de 1951) como resultado del exilio que la afectó en tanto miembro del Instituto de Filología Hispánica. La sola desatención de Castro hacia tal

circunstancia, más grave en función de su propia experiencia de migración forzada, es alarmante y trasunta el peso de una vanidad que sería conmovedora de no haberse empleado contra una alumna tan destacada y una colaboradora tan generosa como la que mostró *España en su historia*. Los extravíos a que el correo mexicano sometió los manuscritos de Lida constituyen un dato de color en el marco dramático de una pérdida tan severa como la que representa la del equipo de trabajo, la del grupo de pertenencia, la de la cotidianidad de la propia lengua. Pero no se detiene allí la explicación de María Rosa, sino que traza la prehistoria del texto y ofrece en ese recuento una lección de rigor tanto académico como ético, además de un reacomodamiento de roles en torno al magisterio que Castro pretende:

Nació en 1943 como reseña negativa de la edición de J.M. Blecua; luego pensé, con beneplácito de mi maestro, el Dr. Alonso, que mejor que murmurar del prójimo era hacer las cosas; planeé entonces un artículo sobre el *Laberinto*, que más tarde se abultó hasta llegar a ser libro, convertido a su vez, por los aciagos sucesos de mi tierra, en tesis que me permitiese llegar a los EE.UU. con doctorado (MRL a AC, 18 de enero de 1951).

Con mucha sutileza y sin renunciar a un desliz irónico, Lida confiesa sus limitaciones de modo de recordarle a Castro no solamente los avatares de la edición en América sino asimismo que, en tren de reciprocidades, hay una deuda que él no puede soslayar. Pero también deja asentado, a fuer de alumna a quien el reto impacta no tanto para redimir una conducta inquebrantable sino para despertar culpa, que ya no es momento de lamentar que la filóloga no sea filósofa o historiadora porque la joven que en Buenos Aires sorprendía por su saber compacto ahora es una mujer cuya carrera tiene una orientación reconocida:

Una de las desdichas de mi Mena (como de las mujeres viejas, según Villon) ha sido la de *sitost naquit*: desgraciadamente ya estaba escrito cuando Vd. tuvo la bondad de confiarme, en 1946, las pruebas de *España en su historia*, y no pudo beneficiarse con su magnífico enfoque [...] El estudio de la obra como brote de vida interior, como cristalización del pensar, sentir y querer y vivir de Castilla en el siglo XV está mucho más allá de mis fronteras (MRL a AC, 18 de enero de 1951).

La siguiente respuesta, poco más de dos meses más tarde, revela el hastío que le produce el reclamo insolente de Castro. Obligada a revisar todo su sistema con la violencia inconcebible de quien proclama quererla para reprenderla con mayor libertad, incapaz de contestar en términos enfáticos para no destruir un vínculo que uno de los corresponsales – ensoberbecido – laceraba a conciencia, Lida se afianza en su función de filóloga que se sustrae de territorios en los que su erudición podría flaquear o producir hipótesis desatinadas y arriesga que los métodos de Castro no son más científicos, sino solamente más individuales y lo arrojan a una certeza improbable fuera de su propio ejercicio: “el género de interpretación que Vd. propone exige requisitos de sabiduría y sagacidad que no es fácil hallar fuera de A.C. Lisa y llanamente” (MRL a AC, 2 de abril de 1951).

La correspondencia que se sucede desde esta disidencia hasta el quiebre mayor que representa la recepción por parte de Castro del siguiente libro de Lida, aunque no insiste en los puntos que generaron la rispidez es sintomática de una relación en la que el hombre se arroga cada vez mayores atribuciones y la mujer persiste en una posición auxiliar que María Rosa continúa aceptando, pese a algunas reticencias y a ciertas insinuaciones. Si en lo inmediato ella procura que el desacuerdo no derive en enfrentamiento, para lo cual apela a la estrategia humorística y no vacila en dilapidar elogios – “Vd. es de los raros españoles que miran más allá de las fronteras de España. Para que se ría, le diré que eso le viene a Vd. de haber nacido en suelo americano. ¡Y después negarán el influjo telúrico!” (MRL a AC, 28 de septiembre de 1951) –,<sup>16</sup> él se obstina en emplear la dimensión elocutiva para marcar distancia: establece una interlocución con Malkiel (en notas dirigidas a ella) y reserva para Lida las instrucciones y las exigencias.

Así lo confirma un *post-scriptum* en que responde “una carta algo desencantada de Yakov”, frente a la cual propone principios metodológicos que estima conveniente aplicar en Estados Unidos

y que, previsiblemente, constituyen un tiro por elevación contra el método de Lida: “en lugar de casuismo anecdótico [...] habría que enfocar los problemas como un conjunto, renovar la actitud de los fundadores de la lingüística a comienzos del siglo XIX, cuando esos estudios rezumaban poética inquietud por todas partes” (AC a MRL, 18 de febrero de 1952). Con ella hay trueque de artículos, y si los que Castro remite le sirven a María Rosa para sus estudios sobre el *Libro de buen amor* – que abordará junto con *La Celestina* en un curso que dictará en la Universidad de Illinois en Urbana, como profesora invitada, en el semestre 1959-1960, del que resulta *Two Spanish Masterpieces: the ‘Book of Good Love’ and ‘The Celestina’* –, la separata que ella le acerca sobre Flavio Josefo en España vuelve a merodear al *Mena*: “Ese libro iba a ser mi tesis: Juan de Mena y el general Perón se opusieron. ¡Qué vericuetos tiene el destino!” (MRL a AC, 14 de octubre de 1952).

*La idea de la fama en la Edad Media castellana* sale en 1952, dos años después del *Juan de Mena* y por la misma editorial, Fondo de Cultura Económica. A comienzos de 1953 Castro acusa recibo del tomo y dedica el resto de la carta a una retahíla de reproches. Comienza por identificar arbitrariamente la fama con la gloria exigiendo una distinción del orden hispánico (“¿Fue igual el modo como los españoles vivieron la ‘idea’ de gloria y el de los otros pueblos románicos?”) y se escandaliza por la supresión de la “era Alfonsina” en el libro, además de condenar que el recorte se ensimisme en lo medieval. Todo lo que sobreviene queda viciado por una frase en la cual el tironero entre los corresponsales se vuelve competencia desaforada con la discípula aventajada: “Ya sé que V. persistirá en sus ‘ideas’ y en su Edad Media; pero si lo que V. escribe es verdad, todo lo que yo hago es mentira” (AC a MRL, 28 de enero de 1953). Las censuras que ambos compartían respecto de los métodos y los resultados de otros filólogos (*vid. infra*) se revierten contra Lida, y la altisonancia con que Castro pontifica queda impregnada con los que reclama

<sup>16</sup> Américo Castro había nacido en el estado de Rio de Janeiro en 1885 y a los cinco años fue trasladado a Granada.

como sus mayores aciertos desde el subtítulo de *España en su historia*, "Moros, cristianos y judíos":

La Edad Media carece de moros y judíos [...] Su Edad Media está deshabitada, es un espectro tipo Curtius, o Hegel, o filológico. Ya sé que la justificación y la respetabilidad de cada una de esas posiciones adversas (la de V. y la mía) son las mismas de la religión, o de la política, comunismo, fascismo, etc. Por bajo la frialdad de la corrección textual corren torrentes de pasión.<sup>17</sup> Así debe ser. Con todo, cada cual ha de tener su fe, y decirla. Yo no reseño libros (además, soy incapaz de decir en público nada que no sean laudes a persona que tanto quiero y admiro) pero no podía limitarme tampoco a decir "he recibido su interesante libro, etc." (AC a MRL, 28 de enero de 1953).

Poco más adelante sobreviene una razón adicional para semejante encono con el texto. En los aspectos metodológicos que tanto irritan a Castro, el empeñamiento de Lida de restringirse a lo filológico (probatorio) en lugar de expandirse hacia lo filosófico (explicativo), acarrea una sanción tácita hacia quien prefiere un gran despliegue aun a costa de la precisión: "El libro es buenísimo, sí; es importante, sin duda. Pero su teoría es – según mis creencias – errónea [...] Por eso me importa saber si hay *something wrong* en las cosas que últimamente le mandé sobre Santob, Juan Ruiz, *Nuevas*, etc. Su silencio es enigmático. Yo no quería que el mío lo fuera" (*ibid.*).

La ausencia de reciprocidad que le recrimina a quien no llega a tratar como a una igual – y conviene subrayar que el conflicto más acendrado se desata cuando la investigadora fecunda en artículos decide hacer libros completos, en una editorial más prestigiosa y especializada que la que había publicado a Castro – carece de toda legitimidad por esa misma conducta. La exhortación metodológica final, por acertada que sea, queda viciada por idéntico lastre: "todo esto se lo digo a V. lo mismo que diría a una persona con un puñado de piedras preciosas al ver que las mete en cajitas y las archiva. ¡Póngalas montadas en unas joyas! [...] La ciencia no es eso, ni la filología debe ser eso, ni la técnica es *algo en sí*, que vale por ser técnica" (*ibid.*).

Lida responde dos semanas más tarde. Medida, escueta, niega ofenderse con la comunicación

de Castro, agradece "el amistoso interés con que Vd. me catequiza" e insiste en lo que ya expuso con motivo del libro de 1950: "Cada cual, querido don Américo, hace lo que puede. Yo no puedo hacer, sincera y honestamente, sino lo que hago, por falso e irrisorio que a Vd. le parezca" (MRL a AC, 15 de febrero de 1953). Por el hiato de siete años que se abre a partir de aquí en el epistolario, es evidente que el cruce resultó espinoso para ambos. Apenas si se mitiga años más tarde, cuando María Rosa, ya en Urbana y con un desempeño docente que le permite impartir no solamente un curso sino también conferencias, como asimismo organizar el volumen en inglés que reúne sus estudios sobre el *Libro de buen amor* y *La Celestina*, se muestre más segura – ya a la medida de don Américo, tanto en labor docente como en reconocimiento crítico – y logre colocarse en una paridad que hasta entonces le había sido retaceada: "Me ha dado más alegría de la que puedo expresar ver que, aunque divergiendo en matices y delimitaciones, coincidimos en los conceptos esenciales, si no me engaño" (MRL a AC, 1 de enero de 1960).

Es entonces cuando los corresponsales recuperan cierta camaradería que habían ejercitado en el juicio hacia los colegas. La práctica había comenzado casi junto con el epistolario, cuando María Rosa lanzaba sus primeras opiniones lapidarias al compadecerse del Infante Don Juan Manuel, "a quien ha tocado penar en manos de gente como Giménez Solar, Blecua y Castro y Calvo" (MRL a AC, s/f). Poco después se pronuncia sobre Ernst Robert Curtius, mucho antes de la célebre reseña – ide más de cincuenta páginas! – que dedica a *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*: "Siempre me ha repugnado esa *ars combinatoria* de tópicos que hace E.R. Curtius en un vacío histórico, psicológico y valorativo, y lo he dado a entender hace años, al reseñar estudios de Curtius y de Menéndez Pidal" (MRL a AC, 14 de noviembre de 1946).

Con Leo Spitzer, Lida es más contemplativa (lo cita en relación con una frase que el alemán

<sup>17</sup> Tan enardecido está el remitente que no se priva incluso de exhibir su furor en la estridente sucesión aliterativa de vibratorias.

interpreta como "sintagma semítico"; MRL a AC, 1 de octubre de 1947), pero Castro lo ubica en un mismo grupo con su compatriota: "Curtius pretende ceñir al universo con un 'topos ingente', diseccionar y embalsamar la historia – que es palpación de unidad estructural. Mi próxima cosa en la *NRFH* aclarará esto [...] Curtius ni siquiera entiende de qué hablo: tampoco Spitzer" (AC a MRL, 21 de enero de 1949).<sup>18</sup> María Rosa acota: "Yo debo muchísimo a sus artículos [los de Curtius] de hace diez años sobre ideas estéticas en la Edad Media, y me duele hallar tan inferior su último libro" (MRL a AC, 28 de noviembre de 1949). En 1952 se pronuncia sobre la "manía de persecución de Curtius" en torno al antisemitismo, que atribuye a "su propia conciencia" (MRL a AC, 19 de abril de 1952).

La misma dinámica de la relación Lida-Curtius (admiración inicial, prevención creciente, desapego final) se replica en el vínculo Bataillon-Lida. Para María Rosa, Bataillon comete el desliz injustificable de ver a España "a través de su lente racionalista, *bien française*" (MRL a AC, 22 de diciembre de 1951). Castro ya se había trenzado con Bataillon por el mismo asunto, acusándolo de apóstol del "pensar cartesiano, evangelio francés" (apud CONDE, 2019a, p. 347). Bataillon no podía conocer tales comentarios de Lida, aunque es evidente que los intuyó. Con ella cometió un error mucho más severo que el de plegarse a la cartilla racionalista, que fue el de exponer todas las reservas *post mortem*, lo que suspendía cualquier derecho a réplica. Tal vez por eso su reseña sobre *La originalidad artística de La Celestina* destila tan minuciosa vehemencia, más allá de algunos aciertos como el que desestima el tópico de los "conversos", transitado por Lida hasta elevarlo a dato explicativo en el caso de Fernando de Rojas.

Justamente es la condición judía la que pauta el rechazo de María Rosa hacia Claudio Sánchez-Albornoz, acaso la figura más denostada en el epistolario. Castro despreciaba su libro *España, un enigma histórico* (1956), que se enfrentaba a *España en su historia*, y llegó a llamarlo, en pri-

vado, "el granuja de Buenos Aires" (apud CONDE, 2019a, p. 122), a la vez que deploraba el "pleito etimológico" que había abierto en torno a las investigaciones de don Américo sobre *fidalgos* (AC a MRL, 28 de agosto de 1947). Lida se indigna ante "necios como Sánchez-Albornoz (y la infinita caterva antisemita)" (MRL a AC, 1 de enero de 1960) y, en la última carta a Castro, relata con un humor irónico exquisito el encuentro casual con el especialista en los reinos de taifas:

Estaba yo en el salón de profesores, esperando al Decano para despedirme, y charlaba con León Dujovne, un profesor de filosofía cuya elección al decanato Sánchez Albornoz hizo fracasar con su propaganda antisemita. Llegó don Claudio, saluda con una sonrisa cordialísima, de oreja a oreja, me tiende la mano y empieza a piropearme muy risueño, recordando lo delgadita que era yo cuando me vio por primera vez (vestida de rosa), y nuevamente me tiende la mano. Sigue payaseando, mientras Dujovne y yo le mirábamos sin despegar los labios, y tiende su blanca mano por tercera vez. Ante nuestra inmovilidad, pregunta todo inmutado: «Pero yo, ¿qué he hecho?». Contesto: «¿Le parece a Vd. que ha hecho poco?». Y con esto se fue, lamentando sin duda ante sus patronos, San Vicente de Ávila y San Bisonte de Altamira, las libertades que estos pícaros tiempos se permiten [sic] a los judíos. A mí me parece una ironía chistosísima que este asno, tan enemigo de todo lo árabe y lo judío, lleve el albornoz en su apellido. Claro que según él el albornoz también ha de encontrarse en las cuevas de Altamira. Lo que no me perdona es que yo haya hecho caso omiso de él al estudiar el Arcipreste (MRL a AC, 6 de enero de 1962).

### Náufragos y naufragios: la labor dispersa de los emigrados

Esa misma pertenencia judía incide en otorgarle mayor dramatismo a la emigración que resulta del desbaratamiento del Instituto de Filología Hispánica. Los hermanos Lida compartían la condición, lo mismo que Ángel Rosenblat y, según Malkiel, María Rosa convierte en tema de estudio durante su período californiano aquello que en Buenos Aires era solamente tradición cultural (MALKIEL, 2017). El marido, depositario del archivo y los documentos de Lida, será quien

<sup>18</sup> Castro reaccionó de manera virulenta a las críticas que Spitzer le dedicó a *España en su historia*. Ese punto queda latente en una carta de 1950 que le remite a María Rosa en la que tantea si la sensibilidad de Malkiel se vio afectada por el rechazo del español a participar en obras colectivas: "la última de esas tonterías que patrociné fue lo de Spitzer, y vea cómo correspondió el 'gran amigo'" (AC a MRL, 25 de julio de 1950).

difunda algunos de los textos sobre asuntos hebreos,<sup>19</sup> que para la filóloga constituían una tarea pendiente desde que había abandonado el libro sobre Flavio Josefo en los años 30, cuando no se permitía en la Argentina el acceso de los judíos a las cátedras. La novedad del gobierno peronista implantado en 1946 consistió en ralearlos de todos los espacios públicos donde continuarán, política similar a la que se aplicó sobre los emigrados españoles reacios al franquismo con el cual Perón comenzaba a establecer contactos.

Así fue como Alonso resultó exonerado de la UBA –con un expediente administrativo miserable, que consistía en negarle licencia en sus cargos para acudir a dictar clases en Harvard – y, tras él, salieron los Lida y Rosenblat. En las primeras cartas a Castro, María Rosa le envía "los más cariñosos saludos de la huérfana cofradía filológica y, entre ellos, los de la menor discípula y más ferviente admiradora de V." (MRL a AC, s/f). Castro le responde afectuosamente, animándola en los "*tempora difficilia*" (AC a MRL, 3 de octubre de 1946). A lo largo de ese año se repite el lamento por el grupo decapitado: la "cofradía filológica" (MRL a AC, 26 de octubre de 1946) subsiste en el "náufrago instituto" (MRL a AC, 14 de noviembre de 1946) al cual Castro ha encaminado su solidaridad en el mismo mes, según se desprende del *post-scriptum* de esta misiva. Sobre el cierre de 1946, María Rosa se parapeta en los clásicos para describir el estado de Filología: por un lado, es un "huerto deshecho" que revierte el *hortus deliciarum* de Lope de Vega; por el otro, acude a una homofonía griega para condolerse de la situación de los opositores al régimen dentro de la UBA: "Por aquí tenemos la más pintiparada oportunidad para palpar el valor actual de los clásicos: *Inter spes metumque, timores inter et iras*, etcétera, y el mito de Támiris, a quien

las musas *περὸν θέσαν. ¡Qué lástima!*" (MRL a AC, 3 de diciembre de 1946).<sup>20</sup>

Al comienzo del año siguiente, el equipo desmañado pasa a ser "mermada cofradía" cuando Rosenblat parte hacia Caracas. La reimplantación nacional de la enseñanza religiosa es, para la sensibilidad de Lida, "estar leyendo para atrás el libro de la historia hispánica" (MRL a AC, 26 de febrero de 1947). La próxima carta de Castro se congratula de la inminente salida de María Rosa (AC a MRL, 28 de agosto de 1947). A partir de entonces, el tono melancólico que cerraba los envíos de Lida no solamente se atenúa (apenas si vuelve a destellar cuando relata sus almuerzos franciscanos y onerosos en el comedor de Harvard, MRL a AC, 1 de octubre de 1947) sino que desaparece y es reemplazado por los desvelos etimológicos de Castro y la pasión reseñista de ella.<sup>21</sup>

Tanto el artículo breve como la reseña – que en ella nunca se ajustó a la extensión requerida – son formas menores del trabajo académico, ejercicios desgajados que trasuntan condiciones en que la concentración que exige una obra extensa quedan omitidas o cercenadas. Castro, con un empleo estable y una edad que le permitía encontrarse más asentado en la década de 1940, incluso pese a los trastornos que sofocaron a España y lo obligaron a emigrar, tuvo posibilidades de desarrollar una labor sostenida. María Rosa, que recién llegada a los Estados Unidos contrajo matrimonio y acometió un trabajo de investigación por cuenta propia, sin chances de obtener un cargo estable no solamente por el antinepotismo de Berkeley sino porque tampoco era demasiado frecuente que una mujer accediera a un *tenure* en esa época, se encaminó hacia esa forma de la hiperespecialización que don Américo le reprochó con tanto énfasis.

<sup>19</sup> No parece casual que haya enfatizado, en las ediciones póstumas de los estudios de Lida, el interés por los temas judíos; valga como ejemplo la preparación del volumen *Herodes: su persona, reinado y dinastía* (LIDA, 1977), selección de la obra mayor inconclusa *Josefo y su influencia en la literatura española*. Este libro lleva como apéndice una "Breve bibliografía de María Rosa Lida de Malkiel" compilada por Margaret Sinclair Breslin (p. 221-244). La preeminencia de los aspectos hebraicos en la recuperación de trabajos de su esposa no es óbice para que también reedite un texto como *Dido y su defensa en la literatura española* (LIDA, 1974), a partir de la versión publicada por el Instituto de Filología de la UBA en 1942.

<sup>20</sup> La expresión griega se pronuncia "Perón cesan", juego de palabras con las cesantías en la universidad causadas por el gobierno, ya marcado por Conde.

<sup>21</sup> Solamente en una oportunidad vuelve la desazón, cuando Lida recibe una carta de su familia que, para evitar riesgos con el correo, en enviada por Losada desde Chile. Allí consta que algunos integrantes del Instituto han sido perseguidos, de donde María Rosa concluye: "aquellos es cada vez más nazi" (MRL a AC, 18 de octubre de 1948).

La indagación etimológica fue para él una especie de pasatiempo, afín al apotegma de Malkiel que le revela María Rosa – “la historia de la cultura (y no la historia de la fonética) es la clave de la etimología” (MRL a AC, 18 de octubre de 1948) –, y tan proclive a encarar el cultismo *hidalgo* como el jugueteo con *piropo*. La reseña fue para ella un modo en el que la lectura silenciosa dentro de la biblioteca revelaba las conexiones que lograba reponer, a la vez que un desafío hacia otros eruditos que se enfrascaban en el puro método sin mayor alcance (Curtius) o que ignoraban el mundo hispánico (Highet y Patch). Tabla de salvación de una náufraga, la actividad no reclama otra justificación que la de hacer leer a la autora ni más fundamento que el de instalar su tema de estudio allí donde podría estar y no aparece:

Yo estoy naufragando (muy a gusto) en una larga reseña del libro de Patch, *The Other World*. ¿Recuerda Vd. aquel personaje del *Quijote*, autor de un suplemento a Virgilio Polidoro? Pues yo ando pergeñando suplementos hispánicos a los libros interesantes que se han olvidado de España [...] El inconveniente de estas reseñas es que me atrasan mi *Celestina*; la ventaja es que me hacen leer” (MRL a AC, 18 de marzo de 1952).

Tan atrasada quedó la edición de su *Celestina* que ella no logró verla impresa, pero a fuer de alumna generosa incentivaba al maestro a avanzar con la obra y le proveía recursos que solamente esa lectora sagaz de memoria prodigiosa podía disponer. “Por Dios, don Américo, pospóngalo Vd. todo y escribanos esa obra sobre España y Cervantes que sólo Vd. puede escribir” (MRL a AC, 22 de octubre de 1960), ruega cuando ya sabe que su propia enfermedad le impedirá cumplir con todo lo proyectado. Como prueba de una discipularidad ejemplar que la dejó relegada, le ofrece una “notita” – el diminutivo ha sido en América una recaída afectiva habitual – que contiene “la explicación del nombre Altisidora, derivado del ‘vino altisidorensis’ que menciona Erasmo y cita López de Hoyos, según encontré en *Hacia Cervantes*, p. 172” (*Íbid.*). El culto del detalle que tanto había reprobado Castro se volvía, así, regalo exquisito de María Rosa. El círculo que comienza con la donación de tiempo y recursos hacia *España en su historia* se clausura con la cesión de una referencia

insospechada. Y si el maestro en algún momento abrigó el malsano temor de ser superado por la alumna favorita, ¿qué fibra puede conmoverse con mayor sensibilidad que la del hombre mayor que ve morir a la discipula en plena tarea, perturbando esa forma ideal de la memoria que es la de ser evocado por los sucesores?

## Conclusiones

La correspondencia de María Rosa Lida con Américo Castro revela los avatares del vínculo dificultoso que se desarrolla entre una investigadora ejemplar que no logra desarrollar una carrera congruente con su capacidad extraordinaria y una figura consolidada que exige reconocimiento constante y pretende la conducta servicial de quien considera su discipula. Los hiatos y quiebres en el epistolario responden al impacto que las reacciones extemporáneas del hombre mayor producen en la mujer que esquivo enfrentarse al maestro y prefiere reprimir el descargo y plegarse a la condición ancilar en que la autoridad de Castro la coloca.

Si la inusitada dureza de los juicios de Castro aspiraba a corregir los que estimaba defectos metodológicos de Lida, es indudable que asimismo filtraba los recelos del profesor ante el despegue de una discipula que condensaba un saber inaudito. Aunque Castro había avalado las postulaciones a becas tanto de María Rosa como de su marido, no se desprende del epistolario que la haya recomendado para un puesto, que le haya facilitado el contacto con alguna editora o que procurara que ese saber que él legitimamente le reconocía e incluso le expropiaba ocasionalmente fuera el impulso para que Lida obtuviera una situación académica acorde con su preparación. Al contrario: se valió de su contacto con Losada para asegurarse el seguimiento minucioso de la edición de *España en su historia*, acudió a ella cuando debió quejarse por las demoras que *Romance Philology* – la revista dirigida por su marido, Yakov Malkiel – imponía a sus escauceos etimológicos, la acosó con consultas sobre textos pero, pese a tales servicios de la eficaz mediadora, ejerció la desconsideración más absoluta cuando ella esperaba la aprobación de sus trabajos y justificó

tal vehemencia en una honestidad y un afecto que operaban antes como chantajes emocionales que como fundamentos efectivos.

En un contexto en que la condición femenina representaba un inconveniente para acceder a cargos expectables en el sistema académico, Castro suprimió ciertos gestos que podrían haber favorecido a Lida y ni siquiera la estimó a la par de él a la hora de discutir aspectos metodológicos, sino que optó por reprenderla y pontificar a fin de confirmar sobre ella una autoridad que otros colegas le retaceaban. Lida se mantuvo fiel a la discipularidad pero permaneció firme en su convicción profesional. Consciente de las desventajas que implicaba encajar en un espacio de masculinidad recia como el hispanismo, prefirió recortar su carrera a la investigación y sustraerse por igual a una docencia que le había sido arrebatada y a una polémica metodológica que optó por sostener en ironías y sutilezas, apenas disimuladas en el maremágnum de informaciones y en la profusión de lenguas y citas que convoca su obra.

## Referencias

BATAILLON, Marcel. La originalidad artística de La Celestina. *Nueva Revista De Filología Hispánica*, Ciudad de México, v. XVII, n. 3-4, p. 264-290, 1964.

CHARTIER, Roger (dir.). *La correspondance*. Les usages de la lettre au XIXe siècle. Paris: Fayard, 1991.

CONDE, Juan Carlos (ed.). *Una laguna sumergida*. Epistolario de Américo Castro y María Rosa Lida de Malkiel. Edición y estudio preliminar. Salamanca: Publicaciones del SEMYR, 2019a.

CONDE, Juan Carlos. María Rosa Lida & Yakov Malkiel, *Amor y filología. Correspondencias (1943-1948)*. *Revista de escritoras ibéricas*, Madrid, n. 5, p. 163-169, UNED, 2017.

CONDE, Juan Carlos. María Rosa Lida: la argentina reina de la Filología Hispánica. *The Objective*, Madrid, 28 dic. 2019b.

GUILLÉN, Claudio. Correspondencia epistolar y literatura. *Revista Cursos Universitarios, I.S. I.*, n. 211, p. 35-39. Fundación Juan March, 2011.

LAPESA, Rafael. María Rosa Lida de Malkiel. Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español. El Colegio de México, 1950 (Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica). *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, v. IX, n. 2, p. 161-167, 1955.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. Las infancias de Moisés y otros tres estudios: en torno al influjo de Josefo en la literatura española. *Romance Philology*, Berkeley, v. XXXII, n. 4, p. 412-448, mayo 1970.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. Las sectas judías y los 'procuradores' romanos. En torno a Josefo y su influjo sobre la literatura española. *Hispanic Review*, Pennsylvania, v. 39, n. 2, p. 183-213, abr. 1981.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *Herodes: su persona, reinado y dinastía*. Madrid: Castalia, 1977.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *Jerusalén: el tema literario de su cerco y destrucción por los romanos*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 1972.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español*. México: El Colegio de México, 1950.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *La idea de la fama en la Edad Media castellana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *La originalidad artística de La Celestina*. Buenos Aires: Eudeba, 1962.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *Dido en la literatura española*. Su retrato y defensa. Londres: Tamesis Books, 1974.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *Herodes: su persona, reinado y dinastía*. Madrid: Castalia, 1977.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *La tradición clásica en España*. Preámbulo de Francisco Rico. Textos de Marcel Bataillon, Charles Faulhaber y Yakov Malkiel. Al cuidado de Daniel Fernández Rodríguez. Madrid: Centro de Edición para los Clásicos Españoles, 2017.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa; YAKOV, Malkiel. *Amor y filología. Correspondencias (1943-1948)*. Edición y prefacio de Miranda Lida. Prólogo de Francisco Rico. Barcelona: Acantilado, 2017.

LIDA, Miranda. *Años dorados de la cultura argentina*. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo. Buenos Aires: Eudeba, 2014.

RICO, Francisco. Prólogo. In: LIDA DE MALKIEL, María Rosa; YAKOV, Malkiel. *Amor y filología. Correspondencias (1943-1948)*. Barcelona: Acantilado, 2007. p. 9-19.

---

## Marcela Croce

Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA), en Buenos Aires, Argentina; profesora e investigadora de Literatura Latinoamericana en grado y posgrado, Universidad de Buenos Aires (UBA), en Buenos Aires, Argentina.

---

## Dirección postal

Marcela Croce

Universidad de Buenos Aires

Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina (INDEAL-UBA)

25 de Mayo 221 – 5to piso

C 1002 ABE

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

*Os textos deste artigo foram conferidos pela Poá Comunicação antes da publicação.*